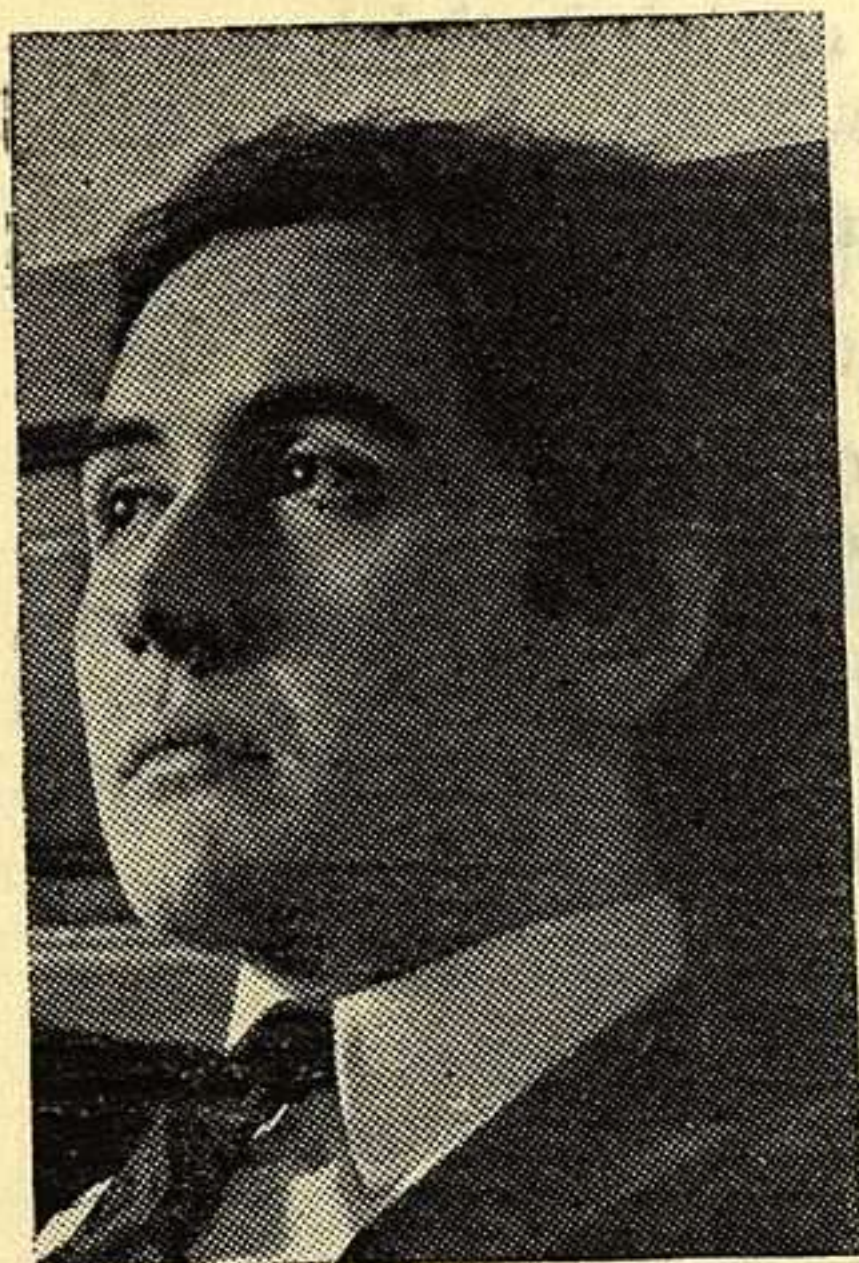


Vicente Molina-Foix



Tengo 23 años y nací en la provincia de Alicante. Desde 1963 resido en Madrid, en donde he cursado diversos estudios y he obtenido la licenciatura en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Alterno las actividades literarias —novela, ensayo, poesía— con las cinematográficas —desde la interpretación a la confección de guiones y la crítica—. Recientemente, la editorial Seix-Barral, de Barcelona, ha publicado mi primera novela, "Museo provincial de los horrores", en su serie "Nueva Narrativa Hispánica". Poéticamente, aparte mi inclusión en el epígrafe segundo de la antología "9 Novísimos" de José María Castellet, continuó inédito, o lo continúa estando mi primer y único —por ahora— libro "Los espías del realista", en curso de incesante corrección y ampliación.

EL CASTILLO DE IRAS Y NO VOLVERAS

En el país del Irás y No Volverás, censurados y censores suelen cenar juntos en armonía, ocasionando así en su poco disimulada voluntad de diálogo, innumerables confusiones y motivos de disputa. El príncipe Gabriel de Fuentetarda, uno de los más distinguidos en el grupo de los segundos, ofreció en la noche de San Silvestre del año 1521 lo que él gustaba de llamar, cada año,
—como si en el precedente la deseada terminología particular no [hubiera sido agotada—
una reunión de Convidados Ausentes, festejo cerrado para muchos bien que ruidoso y de amplias resonancias populares. (A la fiesta, por ejemplo, no fueron en esta ocasión invitados los sacerdotes Nicolás de Alberta y —distinguido predicador— Giovanni Salmerón, ni el barón Bro de Comères, fundador de la dinastía de los Ausonia, emparentado con María Antonia Accoramboni y, por tanto, aunque no sólo por ello, con suficiente categoría para asistir a la recepción.)
Todo resulta, sin embargo, difícil de seguir, por la desafortunada inclusión de interpolaciones orientales.
Una expedición de cruzados que piensan darlo todo, la cuadrilla más desolada de los Facinerosos de las Landas, mercenarios cruzando el desierto impulsados por una frustrada [cosecha de trigo, cuarzo y cuero,
aquel desesperante y engañoso oasis que viene a insinuarse en el [peor momento.
Los tuaregs degüellan a inocentes y a culpables, la virginidad no es atendida, ni la niñez, en otros, nomenclatura que conduce a una sola palabra: fuego, acero, cabello separado de sus cuerpos, levitación del Visir.
El desenlace adviene de la siguiente forma: lo Fatal penetra en esas vidas, muere Godofredo de Bouillón, no se puede evitar la rebeldía de una mezquita empobrecida, la alfombra mágica de Su Alteza sobrevuela los alminares y arranca Ella de la lucha al desnudo porteador untado en hidromiel, —que se encargará de procurar, en la medida de lo posible, una continuación a nuestra especie—.

POEMA

En el espejo que ya perdió
su azogue
la imagen de mi rostro te resulta
más clara,
y el perfil de los pasos (¿o se escuchan?)
al final de la calle,
el eco lejanamente dibujado, el deseo,
el deseo,
tu deseo de querer olvidarme, y de quererme,
(al final de una calle sin puertas)
como cuando, rehecha su misión, el asesino se desarma
y entra en casa,
yo podría, en efecto, fingirme enamorado, (pues
nadie nos delata)
pero la decadencia de una ola que tardó dos
siglos en crecer,
y su desilusión, esparcida en la arena tras la oscura
función encomendada,
no ya el asesinato, no el deseo, nunca las alabanzas
(que recorren la calle de los sueños).
perseguido porque tan pronto supe hallar la clave
de tu enigma,
convocado de nuevo porque nada entre tú y yo
ha sucedido,
y —porque tú cancelas la puerta que conduce hasta
el sueño— de nuevo sometido,
ajeno, siempre presto a iniciarme en los extraños ritos
de tu cuerpo.